



WOODWORTH Y LOS ORÍGENES DE LA PSICOLOGÍA MOTIVACIONAL CONTEMPORÁNEA

Luis Mayor Martínez y Francisco Tortosa Gil

Universidad de Valencia

2002, 8(2-3), 103-113

Resumen: La actual psicología de los motivos y emociones es tributaria de las condiciones en las que surgió y se consolidó el estudio científico de estos procesos en el primer tercio del siglo XX, tanto si se mira a los avances realizados como a los problemas que lastran su desarrollo. En este artículo se analizan las aportaciones del psicólogo americano R. S. Woodworth (1869-1962), las cuales jugaron un papel crucial en este proceso, paralelamente al declive de las grandes teorías de base instintiva.

Palabras Clave: R. S. Woodworth, Historia, Motivación, Emociones

Abstract: Current psychology of motives and emotions is the result of its emergence conditions and the consolidation of the scientific analysis of such processes in the first third of the 20th century, both with regard to the progress made and the problems posed to its development. This paper analyses contributions by the American psychologist R. S. Woodworth (1869-1962), who played a crucial role in the above process, parallel to the decline of the great instinct-based theories.

Key words: R. S. Woodworth, History, Motivation, Emotions

Title: *Woodworth and the origins of the current psychology of motivation*

Introducción

Precisemos de entrada el sentido de esta nota histórica que pone en relación la figura de R. S. Woodworth con los inicios de la psicología motivacional. En primer lugar, la referencia directa al psicólogo norteamericano veremos que está plenamente justificada aun evaluando de modo crítico la *teoría de los grandes hombres* en la gestación de las corrientes de pensamiento y el desarrollo histórico de la psicología (Tortosa, Mayor y Carpintero, 1990). La referencia a la psicología de la motivación contemporánea supone una acotación, a la vez conceptual y metodológica, del campo y los límites de este artículo. Se circunscribe al estudio científico de los procesos motivacionales en el marco de la nueva psicología surgida a finales del siglo XIX, según convención

generalizada, en torno al laboratorio de Wundt.

Si, como hemos subrayado en numerosas ocasiones (Tortosa, 1998; Mayor, 2001), la referencia fundacional de la psicología a Wundt y a Leipzig (1879) tiene sólo un valor simbólico del ambiente en que cristalizan los desarrollos de la ciencia y la filosofía hasta ese momento, otro tanto cabría decir de la psicología motivacional de Woodworth. Pero lo cierto es que en el nuevo ambiente creado por el evolucionismo, y en concreto la obra de Darwin, la de Woodworth puede considerarse la *primera* formulación motivacional de la psicología contemporánea. Además, en este caso los riesgos e inconveniencias de la *teoría de los grandes hombres* son mínimos, pues quedaba lejos de las aspiraciones de Woodworth satisfacer ese ideal y resulta notorio que su interés no era crear, a partir de su obra, *otra* escuela psicológica.

* Dirigir la correspondencia a: Dr. Luis Mayor Martínez, Facultad de Psicología, Universitat de València, Avenida Blasco Ibáñez, 21, 46010 Valencia (Spain)

También ha ocurrido, con frecuencia, que muchas de sus aportaciones quedaron minusvaloradas u oscurecidas por la sombra de personajes de la talla de James e incluso de Cattell y Thorndike.

No obstante, el juicio de las figuras más ilustres de la psicología de su tiempo y posteriores a su muerte: historiadores, psicólogos experimentales, teóricos y cultivadores de la psicología aplicada, no deja lugar a dudas acerca de la excelencia de sus contribuciones en prácticamente todas las áreas de investigación psicológica. Pero excede de los propósitos de este artículo tratar el conjunto de la obra de Woodworth por lo que, para no alargarlo en exceso, nos limitaremos a algunos testimonios representativos. Boring (1950) no sólo le considera una autoridad en el análisis de la historia, sino el mejor representante del funcionalismo, característico, a su juicio, de la psicología americana. Madsen (1974; 1988) muestra su admiración por él y le considera, junto a Tolman, uno de los principales integradores y sistematizadores de la psicología científica. Finalmente, entre nosotros, Caparrós (1976) sostuvo siempre que estábamos, y no sólo en el campo de la psicología de la motivación, ante uno de los psicólogos más importantes de toda la historia.

Apunte biográfico y principales obras

Robert Sessions Woodworth, hijo del tercer matrimonio de un ministro protestante, nació en Belchertown, Massachusset, en 1869 y murió en Nueva York en 1962. Cursó el bachillerato en Newton y los estudios de filosofía en la universidad de Amherst, donde se graduó en 1891. En 1895 ingresó en Harvard y la influencia de

Stanley Hall y los *Principios* de William James le dirigieron hacia la psicología. Durante el curso 1897-98 su trabajo con Walter Cannon le permitió conocer sus investigaciones sobre la sed y el hambre así como los notables efectos de las emociones en la actividad de la digestión, lo que posteriormente integraría en una conceptualización más amplia de los cambios adaptativos de la fisiología del cuerpo en condiciones emocionales y de estrés.

Woodworth se doctoró en Columbia con Cattell en 1899 y ese mismo año colaboró con Thorndike en los experimentos de transferencia del aprendizaje (Thorndike y Woodworth, 1900). Thorndike y Woodworth se conocieron de estudiantes y fueron amigos, co-investigadores y colegas en la docencia. En 1902, marchó a Inglaterra, donde impartió clases de psicología en el Departamento de Fisiología de Liverpool y fue ayudante del famoso fisiólogo Charles S. Sherrington. Al año siguiente volvió a Columbia, donde residiría en adelante, para responsabilizarse de la aplicación de los tests de inteligencia en el Congreso de Saint Louis de 1904. En 1917, sucedería a Cattell en la dirección del departamento de psicología. Antes, en 1914, había sido elegido Presidente de la Asociación Psicológica Americana (APA).

A lo largo de su dilatada vida académica, Woodworth llevó a cabo investigaciones experimentales que abarcaron todos los campos de la psicología, aunque solamente publicó algunas de ellas.

Durante la primera guerra mundial elaboró para las fuerzas armadas un test de personalidad, el *Personal Data Sheet* (1919), prototipo de otros muchos posteriores. Pero además de sus investigaciones y de su prolongada y muy

apreciada labor docente, su mayor influencia se proyectó a través de las numerosas ediciones de sus manuales para estudiantes de distintos niveles. Uno de sus libros más significativos fue *Dynamic Psychology* de 1918 que supuso, con la introducción de los conceptos de *drive* y *mechanism*, el acta de defunción de las grandes teorías instintivistas y, a la vez, el acta de fundación de la psicología motivacional moderna. Cuatro décadas más tarde, publicó una edición revisada con el nuevo título de *Dynamics of Behavior* (1958), que fue el primer manual, pronto seguido por varios otros, que cubría con amplitud el campo de la psicología motivacional. No obstante, los primeros estudios sistemáticos sobre la motivación fueron obras anteriores, de Troland (1928), muy especulativo, y de Young (1936), el que puede considerarse el primer libro moderno, de base empírica, dedicado completamente a la motivación.

También fue importante su libro *Psychology: A Study of Mental Life* (1921) donde enmendaba el modelo E-R de Watson añadiendo un eslabón intermedio (O) que representaba al organismo. Este nuevo modelo E-O-R iba a ejercer una gran influencia y se anticipaba a ulteriores desarrollos en la construcción de la teoría psicológica, entre ellos la teorización de Tolman acerca de las *variables intervinientes*. Casi 40 años después, en *Dynamics of Behavior* (1958), ofrecía una nueva fórmula: E-O-E-Rx que, al añadir un nuevo elemento (el flujo retroactivo, o Rx), se anticipaba de nuevo a la introducción del moderno concepto de *feedback* en la teoría psicológica.

Otro notable estudio de Woodworth es *Contemporary Schools of Psychology* (1931), considerada por muchos la obra general más ponderada sobre las escuelas psicológicas contemporáneas (por ejemplo,

Pinillos, 1962; Madsen, 1988). Fue ampliada en ediciones posteriores de 1948 y 1964 (esta última en colaboración con Mary Sheenan).

Finalmente, Woodworth es autor de *Experimental Psychology* (1938). Esta obra monumental, objeto posteriormente de numerosas ediciones revisadas (la de 1954 con H. Schlosberg), cubre por entero el campo de la psicología experimental organizando su amplio contenido de manera muy satisfactoria.

La teoría motivacional de Woodworth

Si Külpe y la Escuela de Würzburg introdujeron las variables motivacionales dentro del marco de la psicología introspeccionista, hay que atribuir a Thorndike la introducción experimental de la motivación en el estudio del aprendizaje (Caparrós, 1976). No obstante, Woodworth fue el primer psicólogo americano en hacer de la motivación el núcleo de su teoría psicológica.

Su interés por la motivación hay que ligarlo a su orientación funcionalista. Al igual que otros autores con este mismo enfoque, como James, Dewey o Angell, Woodworth enfatizó la cualidad propositiva, dirigida a metas, de la conducta. Todos ellos, aunque propugnadores de un planteamiento motivacional, no reducían la motivación a lo biológico y, menos aún, a lo instintivo. H. A. Carr, en concreto, estimó insuficiente recurrir al conjunto de arcos reflejos para explicar la conducta adaptativa, porque éstos daban cuenta de la existencia de la actividad pero no de su dirección. De ahí que incorporara el concepto de *motivo*, esto es, los factores motivacionales y dinámicos, a la psicología de inspiración funcional, junto a los de estímulo y respuesta.

Lo que hizo que Woodworth incidiera en la motivación mucho más que otros funcionalistas, hasta el punto de convertirla en el corazón de su teoría, fue su insistencia en el organismo, en los procesos que median entre los estímulos y respuestas (Marx y Hillix, 1967).

Su interés por la motivación le llevó a afirmar que su pretensión era elaborar una *motivología* (Woodworth, 1932). Según relata Boring (1950), Woodworth hizo notar a Thorndike muy tempranamente, alrededor de 1896, la necesidad de esta disciplina psicológica. Heidbreder (1933), por su parte, señala que la “psicología dinámica” de Woodworth se presentó formalmente en una serie de conferencias de 1916-17, publicadas en “un volumen sin pretensiones, de poco más de doscientas páginas”, en alusión al libro de Woodworth *Dynamic Psychology*, de 1918. El propio Woodworth aludía en 1930 a que había utilizado durante veinte años la expresión “psicología dinámica” para referirse a su teoría psicológica, de naturaleza decididamente motivacional, aunque muy alejada de las complejas teorías instintivas, como la de Freud, construidas también en el primer tercio del siglo XX (Woodworth, 1930).

El contexto: La controversia acerca del instinto

La concepción de los instintos como una fuerza motivacional cuyas consecuencias escapan al control del sujeto, contrapuesta por tanto a la razón y la inteligencia, y reservada casi exclusivamente para explicar la conducta de los animales, llegó hasta el siglo XVIII. El cambio esencial se operó en la centuria siguiente al desdibujarse, con la obra de Lamarck y Darwin, las fronteras, antes nítidas, entre la conducta humana y la animal: el primero, hacía notar los rasgos de inteligencia presentes en la conducta

animal, mientras que el segundo estimulaba la búsqueda de los instintos en los seres humanos y la capacidad de razonamiento inteligente en los animales. Pese a ello, la dualidad instintos/razón no desaparecería por completo en la explicación de la conducta (Beach, 1955).

El paso de la observación sistemática a los laboratorios de las ciencias físico-químicas y la entronización del afán de explicar científicamente la realidad, crearon las condiciones en las cuales pudo surgir *El origen de las especies* (1859) de Darwin. Esta obra iba a producir un fuerte impacto en la psicología naciente, abría el período científico de la psicología motivacional e introducía en ella la problemática instintiva. La posición determinista acabaría consolidándola, a comienzos del presente siglo, la crítica de Sigmund Freud (1856-1939) a cualquier distinción radical entre el hombre y los animales basada en la racionalidad de su conducta.

Dos ideas básicas hacen de *El origen de las especies* el auténtico punto de arranque de la concepción motivacional contemporánea y explican su vigencia en diversas corrientes actuales de la psicología: la primera, la consideración de que existe una continuidad en las formas de vida, desde las más elementales a las más desarrolladas y, la segunda, el énfasis en la necesidad de adaptación al medio para sobrevivir (Mayor y Sos-Peña, 1992).

En torno al concepto de instinto, se articularía una de las líneas fundamentales del curso histórico de la psicología de la motivación. La psicología del aprendizaje, la psicología de la personalidad y la psicología de los procesos cognoscitivos, de diferente modo todas ellas influidas por la obra de Darwin, han sido las otras direcciones básicas de la psicología motivacional contemporánea (Madsen, 1974).

La idea de que algunas conductas humanas tenían una base instintiva fue adoptada por muchos de los primeros psicólogos, como Herbert Spencer y William James. La concepción de James definió en EE.UU. el marco inmediato de la polémica al definir el instinto “*como la facultad de actuar en un modo determinado, y con un fin determinado, sin conocer el fin en el momento de actuar, y sin educación previa al respecto*” (James, 1892, p. 358 de la traducción castellana). Aunque afirmaba que en los humanos podían encontrarse más instintos que en los animales, la influencia que les reconocía sobre la conducta humana quedaba diluida por el papel del aprendizaje. De hecho pensaba que gran parte de la conducta humana estaba determinada por la *ideación* y el *hábito*.

William McDougall (1871-1938), uno de los primeros en definir la psicología como la ciencia de la conducta, propuso una concepción claramente instintiva de la misma en su *Introduction to Social Psychology* (1908). Consideró los instintos motores *exclusivos* de la conducta y los definió como “una disposición psicofísica heredada o innata que determina que su poseedor perciba objetos de cierta clase y les dirija su atención, que experimente una excitación emocional de una cualidad determinada al percibir dicho objeto, y que actúe respecto a él de una manera particular o, por lo menos, que experimente un impulso a efectuar tal acción” (McDougall, 1908, p. 25). En esta definición pueden observarse los tres elementos principales que el psicólogo británico, luego afincado en EE.UU., veía en la acción instintiva: el cognitivo-perceptivo, el emocional y el estrictamente motor-conductual.

Los instintos eran para McDougall “esfuerzos intencionales” hacia alguna meta, más que una fuerza mecánica que

empujara al organismo en una u otra dirección, y les atribuía dos notas fundamentales: la activación de la conducta y su direccionalidad hacia determinados objetos. Subrayaba también en su formulación que la motivación se refería, sobre todo, a los factores internos desencadenantes de la conducta.

Esta teoría fue criticada con particular dureza por Watson y los conductistas. No obstante, las ideas de Watson en este punto fueron evolucionando al hilo de sus cambios de pensamiento respecto de la continuidad de las especies. En un primer momento, aceptó el papel de los instintos en la determinación de la conducta y se apoyó sistemáticamente en este concepto (Watson, 1912). En su *Introducción a la Psicología Comparada* (1914), pensaba que el término seguía siendo útil y describía con detalle nada menos que 11 instintos. Pero en *Psicología desde el punto de vista conductista* (1919) su posición ya era muy diferente. Desde los mismos inicios de la década de los 20, el término *instinto* había dejado de ocupar un lugar en la psicología de Watson: todo lo viejo y lo nuevo en la psicología debía o bien explicarse a partir del reflejo condicionado, o bien ser erradicado de ella (Tortosa y Mayor, 1992; Tortosa, Mayor, Pérez y Bañuls, 1991).

Watson había adoptado una perspectiva evolucionista no continuista, que rompía el programa esbozado en su famoso *manifiesto*: los animales tenían instintos, mientras que los seres humanos sencillamente los habían perdido por obra de la selección natural. En *Behaviorism* (1924), una vez hubo completado el ascenso del hábito, su concepción acerca del instinto, como la del pensamiento o la emoción, había acabado de ajustarse a su pretensión de explicar la conducta objetivamente en términos de estímulo-

respuesta. Y en 1930, conformado su artificioso modelo que convertía el reflejo condicionado en la auténtica base del desarrollo conductual, los instintos dejaban de tener un lugar en su sistema: “Para nosotros no existen, pues, instintos -ya no necesitamos semejante término en psicología. Todo cuanto solía llamarse 'instinto', es, en nuestro entender, aprendizaje -pertenece a la *conducta aprendida* del hombre” (Watson, 1930, p. 100).

Watson y McDougall dirimieron sus diferencias en 1924 en el Club de Psicología de Washington y publicaron sus respectivos argumentos en *La batalla del conductismo* (1929). En este debate, si bien los jueces votaron a favor de McDougall, el público se decantó hacia Watson y la teoría instintiva de McDougall, a medida que el conductismo ganaba popularidad, rápidamente perdió aceptación (Mayor, Montoro y Tortosa, 1988; Mayor y Pérez-Garrido, 1998).

La proliferación de instintos y el dogmatismo de la teoría instintivista desencadenaron críticas cada vez más numerosas y la práctica desaparición del término en la literatura científica a partir de los años veinte. Realmente, el dogmatismo y exclusivismo de la teoría de McDougall no encajaba en los supuestos de un saber científico-natural: la teoría del instinto tenía una lógica circular, más que explicar las conductas las describía de modo diferente (Kuo, 1921; Tolman, 1923). Bastantes años después, el instinto reaparecería en Europa en las formulaciones sustancialmente más objetivas de los etólogos y, posteriormente, la sociobiología. Pero el trecho que va de explicar las conductas complejas mediante *instintos*, a tratar de explicar conductas específicas a través de *pautas de acción fijas* suponía un cambio sustancial y la

evidencia del declive de las grandes teorías instintivas.

La propuesta de Woodworth: Drive y mechanism

Pero el éxito del conductismo no pudo ocultar el enorme vacío teórico que dejaba en la explicación psicológica la desaparición del instinto, entelequia a la que se atribuía, como vimos, tanto la activación o alertamiento de la conducta como su direccionalidad. Por el contrario, la eliminación de este concepto del discurso científico planteó en toda su crudeza la necesidad de afrontar la motivación de los organismos. Esta tarea la acometió Woodworth en 1918 con la introducción de dos nuevos conceptos explicativos que tenían, frente al instinto, la enorme ventaja de la operatividad experimental: El *drive* aludía a las funciones dinámicas y el *mechanism* a las disposiciones directivas.

La teoría dinámica de Woodworth surge en el contexto de la tradición funcionalista, consolidada en prácticamente todas las universidades americanas: Harvard, Princeton, Clark, Yale, Columbia o Chicago. Como decía Carr, docente en esta última universidad, el funcionalismo definía “a un grupo de psicologías que difieren en muchas particularidades, aunque presentan ciertas características comunes” (Carr, 1930, p. 11). Por encima de la diversidad teórica, efectivamente, la mayor parte de la psicología americana compartía numerosos rasgos, entre ellos: el interés por los procesos o actividades mentales y su utilidad para el ajuste individual, la apertura teórica y el pluralismo metodológico, la investigación guiada más por los problemas que por un paradigma a desarrollar y la preferencia por los temas aplicados (Gondra, 1998; Tortosa, 1998). El funcionalismo de

Columbia (Cattell, Thorndike, Woodworth) se caracterizó por una preferencia por los datos empíricos frente a las construcciones teóricas todavía más marcada que el de Chicago (Dewey, Angell, Carr).

La psicología persigue, según Woodworth, “conocer cómo aprendemos y pensamos, y qué es lo que empuja a la gente a sentir y actuar como lo hace. Se interesa por la causa y el efecto, de ahí que pueda llamarse dinámica” (Woodworth, 1918, p. 34). Se centra en las actividades del organismo individual, que son procesos dependientes de la vida del organismo y, por tanto, subordinados al mismo. El objeto de la psicología es para Woodworth “el estudio de la experiencia y conducta del individuo, empleando ambos términos en el más amplio sentido compatible con los datos existenciales. Entonces, dado que la experiencia no es realmente pasiva sino que depende de la vida y energía del individuo, podemos combinar experiencia y conducta bajo el nombre de ‘actividad’, y decir que la psicología es el estudio de las actividades del organismo como tal” (Woodworth, 1930, p. 15 de la traducción castellana). En otros pasajes insistirá en que ni la experiencia ni la conducta tomadas aisladamente proporcionan un sistema coherente de procesos para un tratamiento causal.

Desde esta perspectiva, no cabe identificar el estímulo con la causa de la conducta. El estímulo no es la causa adecuada de la respuesta, la cual “puede mostrar mucha más energía de la que estaba presente en el estímulo. El mismo estímulo puede, en diferentes ocasiones, suscitar una gran variedad de respuestas diferentes. En estas y otras formas, la relación del estímulo y la respuesta no es una relación de causa y efecto” (Woodworth, 1926, p. 122). El estímulo es una parte de la causa de la respuesta, la otra

es el propio organismo, sus estructuras, sus almacenes de energía, sus experiencias y, más en general, su condición en el momento en que el estímulo lo afecta. “El estímulo se relaciona con la respuesta como se relaciona apretar el gatillo con la expulsión de la bala por la boca de un arma de fuego. El estímulo excita la respuesta, pero la energía y la forma de la respuesta están determinadas por la organización del individuo” (Woodworth, 1926, p. 122).

De ahí que considere que “El ‘sujeto’ en psicología es el organismo y no el yo (...); actividad es todo proceso que dependa de la vida del organismo y que pueda considerarse subordinado al mismo como un todo” (Woodworth, 1930, p. 9 de la traducción castellana).

Woodworth interpone, pues, el organismo entre el estímulo y la respuesta según un modelo *E-O-R* que integra los distintos elementos del proceso adaptativo que estudia la psicología. Tal esquema le conduce a adoptar posiciones muy abiertas tanto en el terreno de la teoría, aceptando las contribuciones procedentes de cualquier escuela o campo de la psicología, como en el de la metodología, articulando en ella la observación, el experimento y la introspección, junto a otros métodos más específicos, entre ellos la medida objetiva de la ejecución de los individuos en tareas específicas.

La importancia que Woodworth concede al organismo supone, fundamentalmente, reconocer que el análisis de los procesos periféricos no puede aislarse de los procesos centrales que median entre el estímulo y la respuesta. Esta insistencia en los procesos mediadores le llevó a poner en primer plano el papel de los conceptos motivacionales en la explicación de la conducta.

Woodworth planteó la cuestión del impulso (*drive*) en relación con el

mecanismo (*mechanism*), explicando que el cuerpo dispone de los mecanismos para la acción, esto es, del conjunto de respuestas con propósitos adaptativos pero que estos mecanismos permanecen inactivos hasta que son activados. La activación la proporciona el impulso. Se desea comer, por ejemplo, cuando el organismo está privado de comida. En términos conductuales, en el organismo no habría un instinto de comer sino un impulso a comer. Siguiendo a Sherrington (1906), Woodworth distinguió dos clases de mecanismos: los *preparatorios* y los *consumatorios*. Los primeros no tienen un valor inmediato, directo, para el organismo, pero constituyen una fase preliminar de la reacción consumatoria, por ejemplo la acción de abrir la boca para comer o buscar la comida. La segunda clase de mecanismos o respuestas normalmente satisfacen el impulso y dan fin a la secuencia concreta de conducta motivada.

En su concepción, los impulsos funcionaban exclusivamente como una fuerza de activación de la conducta, no como un mecanismo de orientación o dirección. Sin embargo, la idea de que los impulsos pueden definirse como las condiciones internas que activan los mecanismos, necesita una especificación adicional. Un impulso, como apunta Heider (1933), no es para Woodworth un *deus ex machina*, ni siquiera un *deus in machina*, forma parte del propio organismo. Puede ser una tendencia periférica o una actividad relacionada con los centros nerviosos, pero en cualquier caso la actividad misma es una respuesta a un estímulo y es un impulso en virtud de su función de facilitar algunos mecanismos e inhibir otros. Pero Woodworth propuso además que los mecanismos, una vez activados, pueden adquirir propiedades de impulso de sí mismos o de otras

actividades. Como escribió en 1918, la finalidad principal de su *Dynamic Psychology* era demostrar que “cualquier mecanismo /.../ una vez excitado, es capaz de proporcionar su propio impulso y también de comunicar el impulso a otros mecanismos afines” (Woodworth, 1918, p. 67).

Un concepto relacionado con la teoría de Woodworth acerca de los mecanismos que pueden funcionar como impulsos fue introducido posteriormente por Gordon W. Allport, con la denominación de *autonomía funcional de los motivos* (Allport, 1937). Más tarde, Woodworth (1958) reincorpora este principio a su teoría motivacional de la *primacía de la conducta* de la que nos ocupamos de inmediato.

Digamos antes que la estrecha relación entre impulsos y mecanismos, aquello en lo que se asemejan, reside en que ambos son respuestas de un organismo. Con estos conceptos Woodworth trata de explicar incluso las actividades complejas. Con la posible excepción de los reflejos más simples, todo mecanismo, una vez puesto en movimiento, no sólo proporciona su propio impulso, sin que actúa también como impulso para *cualquier otro* mecanismo. La “psicología dinámica”, tal como la entiende Woodworth, no se limita a una clase particular de actividades psicológicas, sino que abarca toda la psicología. Los principios de impulso y mecanismo se aplican a actividades como el aprendizaje, la memoria o la asociación, tanto como a la emoción. No por casualidad Woodworth emplea los hechos de la percepción para ilustrar su funcionamiento (Woodworth, 1926).

Cuarenta años después de su influyente libro de 1918, “pequeño, no polémico y sensato”, como lo describiera Hilgard (1987, p. 354), Woodworth publicó una edición revisada con el nuevo título de

Dynamics of behavior (1958), en la cual formula la *teoría de primacía de la conducta*, una elaboración del concepto de motivación intrínseca utilizado primeramente por Koch (1956), que iba a contraponer a las formulaciones más tradicionales, conocidas como *teorías de primacía de la necesidad*, de Freud, Murray y Hull, dominantes por entonces.

El tipo más básico de motivación es, según Woodworth, la relación activa con el entorno, como expresa en el siguiente pasaje. “La teoría de primacía de la conducta considera la tendencia a interactuar con el ambiente como un impulso básico, y ciertamente como *el* impulso primario de la conducta. Las diversas capacidades para interactuar con el ambiente proporcionan vías de salida para el impulso conductual general y le dan formas diferentes -dadas las oportunidades ambientales necesarias-. Así, los variados intereses humanos son predictibles a partir de la combinación” (Woodworth, 1958, p. 133). Esta teoría no excluye el hecho de que la motivación extrínseca -necesidades e incentivos- pueda también en ocasiones co-determinar la conducta, pero la idea principal es que el organismo sería activo incluso sin estas fuentes extrínsecas de motivación (Madsen, 1974). El rasgo que mejor diferencia la *teoría de primacía de la conducta* de otras teorías de la motivación intrínseca es que en la teoría de Woodworth no son sólo los procesos cognitivos los que poseen su propia motivación intrínseca, sino que toda la conducta está motivada tanto intrínseca como extrínsecamente.

Conclusiones

La obra de Woodworth ha ejercido una gran influencia en prácticamente todas las áreas de la psicología. En concreto, el énfasis en los aspectos impulsores del

comportamiento ayudó al definitivo establecimiento de la motivación en psicología, haciendo que los teóricos del aprendizaje aceptaran su gran importancia.

Al relacionar el impulso con las necesidades biológicas esta noción adquiría un carácter empírico que nunca había tenido el instinto, concepto al que venía a relevar con la ventaja de su operatividad experimental: los impulsos no eran algo misterioso, sino algo que se podía medir y manipular.

De los dos aspectos implicados en el instinto y, más en general, en toda conducta motivada, el *drive* únicamente recogía el de la activación, no el de la dirección. Pero este hecho hizo que la nueva orientación de la teoría motivacional tuviera unos efectos que perdurarían prácticamente hasta la década de los años 50, a través de los enfoques neoconductistas que tanto influjo ejercieron desde el momento mismo de su formulación. El *drive* explicaba únicamente la activación de la conducta, mientras que la orientación de la misma quedaba asignada al aprendizaje a través de la noción de hábito. Woodworth sentaba así las bases de un sistema motivacional que iba a permitir a Hull (1943, 1952) elaborar la teoría general de la conducta más desarrollada formalmente (Madsen, 1980).

La *teoría de primacía de la conducta*, formulada por un Woodworth casi nonagenario, le incluía, por otra parte, en la nómina de los teóricos contemporáneos de la *motivación intrínseca*, perspectiva de gran interés en los ámbitos de aplicación de la psicología motivacional (Mayor y Tortosa, 1995). De hecho, ha sido considerada una versión original, relativamente poco especulativa, del modelo cognitivo de motivación (Madsen, 1974; 1980).

Las aportaciones de Woodworth y particularmente la distinción entre *drives* y

mechanisms, permiten considerarle el fundador ceremonial de la psicología motivacional. Ciertamente, sus ideas no fueron las únicas que se formularon en su época, pero sí han sido las que han tenido un impacto mayor y más duradero en el campo de la motivación.

Del conjunto de su obra llama poderosamente la atención su coherencia y el carácter nada pretencioso de sus planteamientos, abiertos a toda contribución rigurosa procedente de cualquier escuela o campo de la psicología. Su posición fue igualmente abierta, como hemos dicho, en el plano metodológico.

Referencias

- Allport, G. W. (1937). *Personality: A Psychological Interpretation*. Nueva York: Holt.
- Beach, F. (1955). The descent of instinct. *Psychological Review*, 62, 401-410.
- Boring, E. G. (1950). *A History of Experimental Psychology*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts, 2ª ed.
- Brown, J. S. (1979). Motivación. En E. Heats (ed.), *The first century of Experimental Psychology* (pp. 231-273). Hillsdale, N. J.: LEA. Trad. cast. en L. Mayor y J. M. Peiró (eds.), *Psicología de la motivación. Selección de textos* (pp. 11-60). Valencia. Promolibro, 1984.
- Caparrós, A. (1976). *Historia de la Psicología-I*. Universidad de Barcelona.
- Carr, H. (1930/1965). La psicología funcionalista. En H. Carr, W. McDougall y G. S. Brett, *Psicología del "acto". Psicología funcionalista. Psicología hór mica*. Buenos Aires: Paidós.
- Gondra, J. M. (1998). *Historia de la Psicología. Introducción al pensamiento psicológico moderno. Vol. II: Escuelas, teorías y sistemas contemporáneos*. Madrid: Síntesis.
- Heidbreder (1933). *Seven Psychologies*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts. Trad. cast. *Psicologías del siglo XX*. Buenos Aires: Paidós.
- Hilgard, E. R. (1987). *Psychology in America. A Historical Survey*. Orlando (USA): Harcourt Brace Jovanovich.
- Hull, C. L. (1943). *Principles of Behavior*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts. Trad. cast. Madrid: Debate.
- Hull, C. L. (1952). *A Behavior System*. New Haven: Yale University Press.
- James, W. (1892/1947). *Psychology: Briefer Course*. Cambridge, Mass.: Harvard University. Trad. cast. *Compendio de Psicología*. Buenos Aires: Emecé.
- Koch, S. (1956). Behavior as "intrinsically" regulated. En M. R. Jones (ed.), *Nebraska Symposium on Motivation*. Lincoln: Nebraska University Press.
- Kuo, Z. Y. (1921). Giving up instincts in psychology. *Journal of Philosophy*, 18, 645-664.
- Madsen, K. B. (1974). *Modern Theories of Motivation*. Copenhagen: Munksgaard.
- Madsen, K. B. (1980). Teorías de la motivación. En B. B. Wolman (ed.), *Manual de Psicología General* (Vol. IV, pp. 19-93). Barcelona: Martínez Roca.
- Madsen, K. B. (1988). *A History of Psychology in Metascientific Perspective*. Amsterdam: North-Holland.
- Marx, M. H. y Hillix, W. A. (1967). *Sistemas y teorías psicológicas contemporáneos*. Buenos Aires: Paidós.
- Mayor, L. (2001). *Introducción a la historia de la psicología moderna*. Valencia: Promolibro.
- Mayor, L. y Pérez-Garrido, A. (1998). La controversia del instinto a finales de los años veinte. En F. Tortosa (coord.), *Una historia de la psicología moderna* (pp. 309-313). Madrid: McGraw-Hill.
- Mayor, L. y Sos-Peña, M. R. (1992). La concepción de Darwin acerca de las emociones: Notas sobre su significación actual. *Revista de Historia de la Psicología*, 13 (2-3), 229-235.
- Mayor, L. y Tortosa, F. (1993). La psicología de la motivación contemporánea entre la problemática teórica y las aplicaciones. En E. Quiñones, F. Tortosa y H. Carpintero (dirs.), *Historia de la Psicología. Textos y comentarios* (pp. 553-563). Madrid: Tecnos.
- Mayor, L. y Tortosa, F. (eds.) (1995). *Ambitos de aplicación de la Psicología motivacional*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2ª ed. revisada.

- Mayor, L., Montoro, L. y Tortosa, F. (1988). Motivación y emoción en los Congresos internacionales de Psicología (1889-1960). *Revista de Historia de la Psicología*, 9 (2-3), 273-293.
- McDougall, W. (1908). *Introduction to Social Psychology*. Londres. Methuen.
- Pinillos, J. L. (1962). *Introducción a la psicología contemporánea*. Madrid: C.S.I.C.
- Sherrington, C. S. (1906). *The Integrative Action of the Nervous System*. New Haven: Yale University Press.
- Thorndike, E. L. y Woodworth, R. S. (1900). The influence of special training on general ability. Documento presentado en la octava reunión anual de la Asociación Psicológica Americana, Universidad de Yale, 1899. Resumen en *Psychological Review*, 7, 140-141.
- Tolman, E. C. (1923). The nature of instinct. *Psychological Bulletin*, 20, 200-218.
- Tortosa, F. (coord.) (1998). *Una historia de la psicología moderna*. Madrid: McGraw-Hill.
- Tortosa, F. y Mayor, L. (1992). Watson y la psicología de las emociones: evolución de una idea. *Psicothema*, 4 (1), 297-315.
- Tortosa, F., Mayor, L. y Carpintero, H. (1990). *La Psicología contemporánea desde la historiografía*. Barcelona: PPU.
- Tortosa, F., Mayor, L., Pérez, A. y Bañuls, R. (1991). J. B. Watson. Recepción e impacto de la Psicología del desarrollo infantil. *Revista de Historia de la Psicología*, 12 (3-4), 171-184.
- Troland, L. T. (1928). *The Fundamentals of Human Motivation*. Nueva York: Van Nostrand.
- Watson, J. B. (1912). Instinct. En P. Monroe, ed., *A Cyclopedia of Education* (Vol. III, pp. 463-467). Nueva York: MacMillan.
- Watson, J. B. (1914). *Behavior. An Introduction to Comparative Psychology*. Nueva York: Holt.
- Watson, J. B. (1919). *Psychology from the Standpoint of Behaviorist*. Philadelphia: J. B. Lippincott.
- Watson, J. B. (1924). *Behaviorism*. Nueva York: People's Institute.
- Watson, J. B. (1930/1972). *El Conductismo*. Buenos Aires: Paidós. Contiene *La batalla del conductismo*, de Watson y McDougall, original de 1929.
- Woodworth, R. S. (1918). *Dynamic Psychology*. Nueva York: Columbia University Press.
- Woodworth, R. S. (1919). *Personal Data Sheet*. Chicago: Stoelting.
- Woodworth, R. S. (1921). *Psychology: A Study of Mental Life*. Nueva York: Henry Holt.
- Woodworth, R. S. (1926). Dynamic psychology. En C. Murchison (ed.), *Psychologies of 1925* (Cap. V, 111-126). Worcester, Mass. Clark University Press.
- Woodworth, R. S. (1930). Dynamic psychology. En C. Murchison (ed.), *Psychologies of 1930* (pp. 325-336). Worcester, Mass.: Clark University Press. Trad. cast. en R. S. Woodworth, Ch. Spearman et al., *Psicologías dinámicas y factoriales* (pp. 7-24). Buenos Aires: Paidós.
- Woodworth, R. S. (1931). *Contemporary Schools of Psychology*. Nueva York: The Ronald Press Co.
- Woodworth, R. S. (1932). Autobiography. En C. Murchison (ed.), *A History of Psychology in Autobiography* (Vol. 2, pp. 359-380). Worcester, Mass.: Clark University Press.
- Woodworth, R. S. (1938). *Experimental Psychology*. Nueva York: Henry Holt.
- Woodworth, R. S. (1958). *Dynamics of behavior*. Nueva York: Holt.
- Young, P. T. (1936). *Motivation of Behavior*. Nueva York: John Wiley.